

rior y ampuloso y en cierta infinita desolación. Güiraldes revela modos casi siempre inconfesados de nuestro país espiritual, al que nos gusta presentar dorado y riente, pero que es en el fondo un territorio trágico. Lleno de soledad, erizado de odios interiores y de desarmonías, en el que por eso la amistad plena resulta un milagro y un consuelo. Esa amistad silenciosa está profundizada sutilmente a través de las relaciones del reserito con Don Segundo, y ella los redime de ese sacudimiento ontológico del hombre encarado con la soledad.

La creación de Güiraldes es la mejor respuesta, por ser una digna realidad estética, a la literatura que siente vergüenza de sí misma, que acalla, por creérla mezquina, la voz de una realidad desnuda. Cada vez más ha de verse a *Don Segundo* como culminación de un proceso que se desenvuelve ásperamente, con altibajos, pero ininterrumpidamente, y en el que coinciden Echeverría, Hernández, Hudson y otros pocos escritores que estilizaron descarnadamente la pujante vida de nuestra tierra.

En pocos libros conmueve el adiós con más intensidad que en los momentos finales de *Don Segundo* y de *Martín Fierro*. Los dos personajes se pierden cabalgando en el horizonte para la última aventura, la más honda de todas: la de desgajarse de nosotros para retornar a su yo trascendental.

Estremece a *Don Segundo Sombra* el brío y el frescor que vibran en los mejores momentos de las letras hispanoamericanas. Posee a la vez el desenfado fiero de un Juan Moreira menos hazañoso y menos policíaco, y el temblor de despedida—hombre de espaldas enfrentando el horizonte—que titila en el canto final del *Martín Fierro*. Es como si al borrarse las sombras en el infinito se depurasen de sus escorias para dejar lúcida, escindida, la verdadera sustancia de una amistad, de una pasión, de un recuerdo.—ANTONIO PAGÉS LARRAYA.

CRONICA DE POESIA

Conocíamos ya algunos de los poemas de esta excelente antología (1) en las traducciones que de otra selección de Merton publicó en «Adonais» José María Valverde. El trapense francoamericano, una de las sensibilidades más lúcidas y afinadas de la poesía actual de ambas Américas, vuelve ahora a nosotros de la mano de uno de sus mejores traductores y amigos, el poeta nicaragüense Ernesto Cardenal.

(1) THOMAS MERTON: *Poemas*. Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma de México. México, D. F., 1961.

A través de estas atentísimas versiones de Cardenal se nos revelan de nuevo las tres directrices esenciales sobre las que se encarrilan el contenido y la expresión de la poesía de Thomas Merton. He aquí, por ejemplo, en el arranque de la pieza titulada «En memoria del poeta Federico García Lorca», una característica muestra de la fuerza expresiva y metafórica a que hemos aludido:

*Donde el puente blanco proyecta sus piafantes arcos
orgullosos como potro sobre la algazara del riachuelo,
las filosas guitarras
no han olvidado nunca tu nombre.*

Tanto en los poemas religiosos que describen escenas de la vida en la Trapa («Trapenses trabajando», «El cementerio trapense», «El lector», «Adviento», «Atardecer bajo cero», etc.), como en los de signo totalmente introspectivo («La biografía», «Si hay un goce en la amargura») o aquellos en que el poeta trata y exalta personas o temas teológicos («Canción a Nuestra Señora del Cobre», «Cuando en el alma del sereno discípulo», «Preludio para la fiesta de Santa Inés», etc.), la vena mertoniana relumbra con especiales calidades y fervor poéticos, naturalmente correspondientes a su acendrada vocación religiosa. Pero no por esto gozan de menor categoría lírica aquellas piezas, muy frecuentes en Merton, donde se nos presenta la visión de lugares y ciudades sorprendidos por la buena experiencia viajera del trapense en sus más auténticas y secretas esencias, tales «Responso para una ciudad de Francia», «El tren nocturno», «El río Ohio (Louisville)» o «Sitios secos», cuyo último título dió ya Valverde en su traducción, acaso con mayor propiedad, como «Lugares de aridez».

Cabría agregar un quinto grupo general de poemas, emparentados con los de filiación religiosa, y al que podríamos definir como el de los poemas proféticos y apocalípticos; así, «Albada-Harlem», «Los cañones de Fort Knox», «Los cautivos», «Hazaña de la era mecánica», «Senescente mundo» y «Figuras para un apocalipsis», en los que se transparenta una ardiente rebeldía—la misma, quizá, pero enfocada en otra dirección, que selló la obra de la espléndida *lost generation*—contra la industrialización de los espíritus y el desbocado y nocivo imperio de la vida material y económica, con su consiguiente desplome de valores éticos y morales. Tralla se vuelve aquí la voz de Merton—dulce y recogida de suyo, teñida en ocasiones de una suerte de tierno humor—, una voz que en estos pasajes increpa, define y amenaza con violentas elocuencia y sinceridad:

*Senescente mundo, cuando el globo caliente
se encoge y se raja
y átomos sin inhibición descomponen
la tierra y el agua, la fruta y la flor, el cuerpo y
el alma animal.
Todas las estrellas azules se vienen abajo.
La belleza y la fealdad y el amor y el odio,
sabiduría y política, todo está igualmente arruinado.*

La nueva y valiosa selección peética en castellano de Thomas Merton, cuya edición debemos a la Universidad Nacional Autónoma de México, consta de veintisiete poemas y se ilustra con otros tantos bellísimos dibujos del pintor nicaragüense Armando Morales.



Algunos de los poemas que de la definitiva y completa versión de este libro nos entrega ahora Gerardo Diego (2), hace ya mucho tiempo que se encuentran en múltiples antologías de la poesía española contemporánea. Así, el soneto famosísimo a las torres del Obradoiro compostelano —«También la piedra, si hay estrellas, vuela»—, incluido como uno de los «demas» de este volumen y que en realidad forma parte de él con mayores legitimidad y sentido que de *Alondra de verdad*, el libro en el que apareció por primera vez.

Angeles de Compostela, tal y como ahora le vemos, es, pues, un resultado de años de pulimento, afinación y selección continuas y pacientes, cuyo resultado, en cuanto a contenido y perfección formal, corresponde en plenitud al dilatado esfuerzo del poeta. Por otra parte, parece irreversible la afirmación de que es éste, pese a sus muchos lujos verbales y a su pluralidad de pequeños temas, uno de los libros más sentidos y vividos por Gerardo Diego. Los maravillosos pasajes «Rosalía», «Entrega» —una de las piezas más logradas y conmovedoras del libro— o «Angel de ría» son, además de inmejorable «literatura», materia poética viva, necesaria, auténticamente entrañada en la experiencia humana del poeta santanderino. La excelente retórica no quita aquí, pues, la vibración y verdad interiores en que se fundaron estos nobles poemas.

En realidad, el libro de los *Angeles*, que es sustancialmente un homenaje a Compostela, lo es también, y no en menor proporción, a toda Galicia, al ser y al espíritu gallegos, conformados por un medio geográfico de singulares variedad y hermosura, por una historia inme-

(2) GERARDO DIEGO: *Angeles de Compostela*. Edit. Giner. Madrid, 1961.

morial, por un hondo e igualmente añejo sentido de la lírica y por las derivaciones interiores y específicas que todos estos factores han impreso en el alma galaica, una de las cuales, la *saudade*, nos acaba de ser minuciosa y magistralmente explicada por Ramón Piñeiro (3).

De todos estos ecos, variaciones, caracteres y circunstancias parece hacerse cargo, con agudeza y maestría sumas, el último libro de Gerardo Diego, que, incluso por virtud y accidente de su lenguaje en muy abundantes momentos, pasa a formar parte, por propios derecho y penetración, del rico y más genuino acervo de la poesía gallega contemporánea.

La edición madrileña de Giner, en gran formato y excelentes papel e impresión, se abre con un detallado prólogo de Ramón Otero Pedrayo e incluye muy adecuadas ilustraciones de ángeles compuestos para ella por José María González Collado.



El poeta turco Solimán Salom, de quien ya comentamos en estas páginas su interesante *Antología de la poesía turca contemporánea*, publicada en «Adonais», y autor a su vez de diversos libros de poesía en francés y español, lanza ahora este nuevo volumen poético (4), segundo de la flamante colección «Odín», que dirige en Madrid José G. Manrique de Lara.

Lo primero que advertimos a lo largo de estos dieciocho poemas —extensos en su mayoría— es que un escritor de tan distantes procedencias lingüísticas como el turco y el francés haya llegado a ejercer sobre la palabra poética castellana un dominio sobradamente abastecido de precisiones, riqueza expresiva y giros tan peculiares del idioma como justos y oportunos:

*Pienso en una clara noche
y la olvido.
En una vieja canción:
no la recuerdo.
En mi niñez y no lloro.*

Es quizá el poema «Narciso» aquel que, con el titulado «A Gabriel Celaya», marca las zonas de mayor calidad de todo el libro en cuanto ambos poemas representan, con la especial intensidad suministrada por los temas mismos, la doble y más interesante corriente de la poesía

(3) En *Dos ensayos sobre la saudade*. Edit. Alén-Mar. Buenos Aires, 1961.

(4) SOLIMÁN SALOM: *A las puertas del mundo*. Colec. «Odín». Madrid, 1962.

de Solimán Salom, poseída, por una parte, de cierta señalada proyección hacia la lírica y la estética puras, y enraizada, por otro lado, del modo más cálido y efectivo, en la problematización y dramatismo de «la condición humana», para decirlo con las palabras de André Malraux.

Bifurcada entre ambas tendencias, tan diversas como sentidas con idéntica autenticidad, la poesía de Solimán Salom parece fluctuar continuamente de la una a la otra o, en no pocas ocasiones, ensamblarlas («Espejos y rostros», p. 26; «Noche secreta», p. 37). Pero es en los citados y hermosos poemas «Narciso» y «A Gabriel Celaya» donde estas dos tendencias esenciales del poeta parecen evidenciarse por separado con mayor nitidez y fuerza.

Ideológicamente, pudiera señalarse en Salom algún pequeño influjo francés y «maldito», sobre la línea de Baudelaire acaso, mientras que, en cuanto a la expresión, parecen insinuarse, en algunos escasos puntos, ciertas maneras de Vicente Aleixandre. Mas la biografía y la formación del poeta no solamente explican, sino que hacen válidas tales huellas, sobre las que se están formando una voz y una disposición poética tan españolas como las que encontramos en el poema titulado «Morriña» (p. 30).



Otra reedición ampliada. Como se nos advierte en una breve nota editorial, la primera versión de este libro fué publicada en 1953, también en Madrid y por la *Revista de Occidente*. Esta segunda edición, aumentada con ciento veinticuatro nuevos poemas (5), figura con una distribución diferente y un nuevo orden en la colocación de los mismos. «Tiene también—se precisa—diversas supresiones y correcciones y algunas variantes, nacidas de la exigencia interna del libro.»

El nuevo tomo, pues, voluminosísimo y agrupado en torno a dos grandes partes, consta exactamente de 200 poemas acomodados en 295 extensas y apretadas páginas, a lo largo de las cuales se aborda un canto exhaustivo a cuanto la palabra «Málaga» promueve y sugiere. Los diversos ámbitos malagueños, desde los más aparentemente nimios hasta aquellos más significados y relevantes, cobran voz poética a través de la de Carlos Rodríguez Spiteri. Si no ha agotado todas las claves malagueñas, el poeta, sin duda, ha estado muy cerca de lograrlo. Vemos así que, en la primera parte del libro, la sección inicial se

(5) CARLOS RODRÍGUEZ SPITERI: *Málaga*. Segunda edición, ampliada. Editorial «Revista de Occidente». Madrid, 1962.

dedica íntegramente a los poemas destinados a cantar los accidentes geográficos y geológicos de Málaga; en la segunda, las prerrogativas de las vides y el vino de la tierra; en la tercera, sus flores y sus frutas; en las sucesivas, los accidentes climáticos, la ciudad misma, su cante, sus pueblos, la vastedad de los temas dictados por su mar... En la segunda parte, y aunque respondiendo más bien a la directa relación interior del poeta con ellos, todos estos asuntos parecen repetirse y entrecruzarse con acento y matices diversos, pero sin pérdida, en ningún momento, de su condición de puro, sostenido y exaltado canto.

De manera inmediata y concisa, esencialmente apoyada en su riquísima capacidad metafórica, Rodríguez Spiteri (cuya voz, a decir verdad, no recuerda ni remotamente la de nadie) logra coronar su arduo *sostenuto* lírico, tan concreto y tan múltiple a la vez.

En esta poesía donde, por ejemplo, la mañana va

*de puerta en puerta, cayendo en un vasar
aromada de perejil y hierbabuena,*

todo es rápido, sucinto, decididamente oscuro en ocasiones por la excesiva acumulación de imágenes, pero noblemente filtrado a través de una poesía en la que el nervio de una sensibilidad bien enraizada en el alma de las cosas, y más bien de carácter llano—por no decir popular—, encuentra salida mediante un lenguaje que, por contraste y en ciertos pasajes casi abrumadoramente, utiliza unos medios de expresión sumamente cultos y depurados, lo que presta al conjunto de este libro (dueño de tan evidentes virtudes poéticas) una cierta rigidez, reñida quizá con lo que hace diez o quince años se hubiera dicho su «mensaje».



El novelista y ensayista español Antonio Sánchez-Barbudo cubre con este estimabilísimo libro (6) uno de los huecos más importantes que en el estudio de la poesía de Juan Ramón Jiménez veníamos padeciendo: el de la última época de la misma, aquella en la que, a nuestro entender, se produjeron los momentos mayores del poeta, reflejos en piezas aisladas, como *Criatura afortunada*, o en libros completos, del que *Animal de fondo* es el más señero ejemplo.

El detenidísimo estudio de Sánchez-Barbudo desvela y pone al día toda esta esencial parcela del quehacer de Juan Ramón, partiendo

(6) ANTONIO SÁNCHEZ-BARBUDO: *La segunda época de Juan Ramón Jiménez*. Colección «Campo Abierto». Edit. Gredos, Madrid, 1962.

de lo que llama el ensayista su *tema central*, ese «anhelo creciente de totalidad» a que el mismo poeta aludió en 1932.

Partiendo del hecho, ya expresado, de que dicha época es, sin duda, la más rica e interesante de Juan Ramón Jiménez—pese al éxito y popularidad, inconvenientes en cierto modo, puesto que oscurecen otros logros más amplios, de *Platero y yo* y otros poemas y volúmenes del autor—, el libro de Sánchez-Barbudo es ya indispensable para una comprensión superior de la vastísima obra juanramoniana, tan atendida últimamente asimismo por el crítico Ricardo Gullón y el poeta Francisco Garfías, sus más directos y activos albaceas literarios.

El «tema central», estudiado por Sánchez-Barbudo en los esbozos que antecedieron a *Diario de poeta y mar*, y luego en *Piedra y cielo*, *Belleza*, *La estación total* y *Animal de fondo*, en donde culmina, nos ofrece como de paso otros numerosísimos aspectos de la poesía, de la poética y aun de la persona de Juan Ramón Jiménez, y es una de las obras más agudas y decisivas que pueden añadirse a la ya numerosa bibliografía en torno al último Nobel español. Un libro, en fin, riquísimo en sugerencias y aciertos, y avalado, además, por una bibliografía y una documentación absolutamente excepcionales.—FERNANDO QUIÑONES.

INDICE DE EXPOSICIONES

EL GRUPO «HONDO»

En la Sala Neblí se ha celebrado una exposición que nos importa registrar, pues la creemos muy importante en el juego plástico de hoy; mejor dicho, en el grave e importante problema plástico de hoy. Lo es por la obra y lo es por la intención «explicada» que hacen de ella los autores. En la forma informa en que se debate el arte actual es muy de estimar el pensamiento de unos pintores que lo son de verdad, de antiguo, con historia y con todos los aditamentos precisos para que su obra tenga ante nosotros una meditación y luego la más sincera de las enhorabuenas... Esta exposición es la consecuencia de unos artistas, ya con amplias demostraciones, que nada tienen que ver con los intentos, con la trampa y cartón que hace tanto neófito que cree que llegar a la pintura es repetir malamente un préstamo o pintar al dictado de una determinada influencia.

Los cuatro artistas que exponen en la actualidad lo son por esencia y potencia. Ninguno es hijo de la improvisación y todos tienen en su